

EL UNIVERSO DE SABATO

La obra literaria de Sábato, y en particular *Abaddón...*, en la cual, por ser su novela «clave», centraremos nuestro análisis, evidencia una enorme riqueza de elementos extraliterarios, en cuya presencia se asienta —me atrevo a decir— gran parte de su valor y significación como testimonio de las inquietudes que angustian al autor, aunque supeditados, como es lógico, a la poetización efectuada con los recursos y las técnicas estrictamente literarias que emplea Sábato, y que confirman una vez más sus dotes de narrador. Ya aclararé más adelante lo que quiero decir con eso de los «elementos extraliterarios». El hecho de que vea el universo novelístico de Sábato impregnado de profundas búsquedas metafísicas, no quiere decir sin embargo que pretenda disminuir el valor literario de sus novelas. Todo lo contrario; sólo intento remarcar su dimensión testimonial. Y para «curar en salud» citaré al propio Sábato de su libro *El escritor y sus fantasmas* (pp. 146-48), con cuyo texto coincido totalmente. Allí dice «que la novela es una historia (parcialmente) verdadera... Es una historia (parcialmente) inventada en que aparecen seres humanos, seres que se llaman "personajes"; aunque según la época, el gusto y la mentalidad de su tiempo, esos personajes o caracteres van desde corpóreos y sólidos seres que se parecen mucho a los que vemos en la calle hasta transparentes individuos a veces designados por misteriosas iniciales, que sólo parecen ser portadores de ciertas ideas o estados psicológicos (Kafka). Es, en fin, una descripción, una indagación, un examen del drama del hombre, de su condición, de su existencia. Pero no hay novelas de objetos o animales, sino, invariablemente, novelas de hombres».

Y bien, ya que estamos en este ámbito no novelístico del universo de Sábato, sigamos haciendo una breve incursión por sus ensayos, para rastrear en ellos el itinerario de una serie de vivencias, que resultan de suma importancia para caracterizarlo como escritor, ya que deciden su ingreso definitivo al terreno de la literatura, en la cual comienza la dolorosa mezcla de catarsis y exorcismo, enfrentán-

dose a sus propios fantasmas. Sábato mismo en sus novelas repite más de una vez lo que dice textualmente en sus ensayos, como testimonio de sus ideas acerca de este género literario y de su papel como autor comprometido en sus ficciones.

En el año 1945, siendo todavía profesor de Física en la Universidad Nacional de La Plata, publicó un libro, su primer ensayo, titulado *Uno y el Universo*, en cuya advertencia preliminar descubrimos el testimonio de su última metamorfosis (de las anteriores nos va a hablar después en sus novelas), y al mismo tiempo una especie de declaración de principios, a los cuales sigue permaneciendo fiel, treinta años después, en los desgarrados relatos de *Abaddón*. En ese entonces dijo: «La Ciencia ha sido un compañero de viaje durante un trecho, pero ya ha quedado atrás. Todavía, cuando nostálgicamente vuelvo la cabeza, puedo ver algunas de las altas torres que divisé en mi adolescencia y me atrajeron con su belleza desposeída de los vicios carnales. Pronto desaparecerán de mi horizonte y sólo quedará el recuerdo. Muchos pensarán que ésta es una traición a la amistad, cuando es fidelidad a mi condición humana.»

«De todos modos, reivindico el mérito de abandonar esa clara ciudad de las torres —donde reinan la seguridad y el orden— en busca de un continente lleno de peligros, donde domina la conjetura. Montaigne mira con ironía a los hombres, porque son capaces de morir por conjeturas. No veo nada que merezca tal ironía: en eso reside la grandeza de estos pobres seres.» Así termina su advertencia al comienzo del libro, con una frase de fuerte sabor pascaliano, otro gran desertor de la aletheia griega. El manifiesto de Sábato es también coincidente en gran medida con la cosmovisión existencial de Sartre, que por aquel entonces, apenas dos años antes, había publicado *El Ser y la Nada*. Esa fidelidad a sí mismo proclamada por Sábato en *Uno y el Universo*, su primer libro, comienza a abrir la compuerta de sus obsesiones existenciales, que culmina en *Abaddon*, con el cual termina, según sus declaraciones, su itinerario por la novela.

Guardando la debida distancia, puedo comprender lo que significó para Sábato abandonar el «orden» para embarcarse en la «conjetura», porque yo también encontré en la matemática y en la cosmografía un refugio de seguridad en ese tiempo en que «adolescer» de tantas cosas me producía un cierto temor y hasta un rechazo por la entonces para mí inexplicable convivencia de la lógica y el absurdo en la vida del hombre. Solía pasar largas horas en las tranquilas noches provincianas de Pehuajó, satisfaciéndome en la resolución de problemas matemáticos, tan exactos y libres de incertidumbre alguna, o bien observando, con un aparato de mi invención, la trayectoria de los planetas,

que luego reflejaba en un papel milimetrado con la ayuda de las seguras leyes de Kepler. Participar de ese orden, de esa armonía, me rescataba de todo sentimiento de inseguridad y me envolvía en una experiencia casi mística con la presencia de lo eterno e inmutable.

Sin embargo, al mismo tiempo, me atraía misteriosamente el acecho del azar que me aguardaba en cada experiencia con el mundo de los demás y las cosas que me rodeaban, y más tarde, al momento de tener que decidir mi rumbo, esa oculta vocación quebró la valla del refugio y liberó mi decisión hacia el ámbito del asombro y la inquietud incurables de la filosofía. Fue entrar en otra dimensión de lo poético, en la que, para siempre, aprendí a convivir con el riesgo sin buscar necesariamente, al término de los problemas, aquel signo de las dos pequeñas paralelas después del cual las operaciones matemáticas me brindaban la certeza de un resultado. Aprendí a convivir con la conjetura y la duda, con la probabilidad y el naufragio, con el acierto y el error, para comprender finalmente que sólo así se llega, sin escafandras, a la profunda raíz de la existencia humana. Entonces comprendí también, definitivamente, esa frase de Beethoven que una vez había leído en un libro de Berlioz: «a la alegría por el sufrimiento», que luego, expresada de otra manera, aprendería en Platón, haciendo mía para siempre la metáfora de la ironía socrática. Ya para entonces, la Física y la Lógica habían perdido también la ilusión de la «exactitud» que tanta embriaguez causara a Haeckel, el optimista contemporáneo del pesimista Nietzsche. En la nueva «weltanschauung» emergían las figuras proféticas de Dostoievski y Kafka sobre el trasfondo común de Kierkegaard.»

No me gusta, más aún soy enemigo de «etiquetar» a las personas —y a los que lo hacen siempre les digo que padecen de complejo de farmacéutico (que en el farmacéutico de verdad no es complejo sino exigencia de seguridad)—, pero en este caso de Sábato no veo cómo eludirlo, porque resulta importante para entenderlo como escritor ubicarlo en su perspectiva personal. Pues bien, Sábato es, desde su primer libro hasta el último, un escritor existencialista en el más riguroso sentido del término. Y he aquí, amigos, que tropezamos con la primera clave para interpretar, sin temor a dudas, el significado de toda su obra y con ella el perfil de su personalidad, la del hombre y la del escritor, que son una. El también lo confirma en *Abaddón* cuando dice en dos o tres oportunidades que «toda su obra está escrita con sangre», no con meros conceptos.

Esto se afirma también en su segundo ensayo: *Hombres y engranajes*, en el capítulo titulado «Las artes y las letras en la crisis», en el punto donde trata «La literatura del yo», cuando dice: «Dada la